

“El estilo no es estilístico, es político”

La travesía de producir y
comunicar conocimiento apto
todo público en primera persona



Mara Mattioni* entrevista a Ernesto Meccia**

Amelie Nothom nació en Japón, pero proviene de una familia de Bruselas y actualmente reside en París. Su obra está impregnada de cada uno de esos micromundos que supo habitar, pero especialmente de cada una de las preguntas que fueron generando inflexiones en el rumbo de su trayectoria vital, “dejando a mano” una literatura singular e hipnótica.¹

Deconstruir los cánones en el ámbito de la literatura ficcional no impresiona ser una travesía sencilla, pero con seguridad conlleva menos miradas inquisidoras que hacerlo en el marco de la academia.

* Mara Mattioni es licenciada en Trabajo Social (UNLaM), magíster en Metodología de la Investigación Social (UNTREF). Docente investigadora en UNPaz (IESCODE), UBA y UNLaM.

** Ernesto Meccia (1968) es doctor en Ciencias Sociales, magíster en Investigación en Ciencias Sociales y sociólogo, egresado de la UBA. Es profesor regular de grado y posgrado en la UBA y la UNL. Sus temas generales de interés son las dinámicas sociales de la discriminación por orientaciones sexo-genéricas, la microsociología, el interaccionismo simbólico, la etnografía de la comunicación y los métodos cualitativos de investigación social. Fue secretario académico de la carrera de Sociología de la UBA. Actualmente es director del Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la UNL. Trabaja en el Instituto Gino Germani de la UBA y en el Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral (CONICET-UNL). Publicó numerosos escritos académicos aparecidos en libros y revistas especializadas, y es autor de los libros *La cuestión gay. Un enfoque sociológico*, *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad*, *El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia* y *Biografías y sociedad. Métodos y perspectivas*. Es columnista en *Página 12*, *Caras y Caretas* y *Anfibia*. Fue distinguido por el Consejo de Profesionales en Sociología por su defensa a los derechos humanos y designado socio honorario de la Asociación Argentina de Sociología.

¹ En el año 2003 Amelie Nothom escribió *Cosmética del enemigo* una novela que centra su atención en un hombre que mientras espera su vuelo demorado es interpelado por experiencias e historias de vida. Una inevitable invitación a cuestionar aquello que se perpetúa visibilizando lo complejo de lo cotidiano.

Así y todo hay personas sagaces que han podido reconocer incomodidades, sostener preguntas y tomar por las astas esa sensación de insatisfacción con lo instituido siguiendo su deseo y comprendiendo que no siempre se puede “ser espectador” de la complejidad del mundo que vivimos. Definitivamente, hay otros modos de construir conocimiento: un conocimiento interpelado, disponible para quien quiera acceder a él y, al mismo tiempo, incómodo para quienes consideran que se reservan el derecho de admisión.

Ernesto Meccia es un prestigioso sociólogo, magíster en Investigación en Ciencias Sociales y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Si bien es docente e investigador, su modo de producir y divulgar conocimiento tiene una impronta singular. Pese a la tendencia que imprime el mundo académico ligada a encontrar explicaciones validadas y consensuadas a eventos de forma retrospectiva, Ernesto es un cisne negro: habita las universidades más prestigiosas del país; escribe, prologa y presenta publicaciones de renombre y también construye *podcast*, reseñas en redes sociales y notas en periódicos masivos que llegan, con una trasposición exquisita, a público no profesional. En su presentación en la revista *Anfibia* se resume su impronta: “la legitimidad de la Sociología siempre dependerá de que sea portavoz de mundos e historias cuyos sentidos las mayorías (y los mismos sociólogos) desconocen”.

En esta oportunidad Ernesto Meccia nos abre las puertas de su trayectoria vital, formativa y laboral de la mano de una hilarante y vibrante entrevista, permitiéndonos recorrer en estas líneas como construyó (y sigue construyendo) ese modo singular de producir y difundir conocimiento “dejando a la mariposa volar y siguiendo su vuelo para ver hacia dónde se dirige y ver qué cosas hace”.

Mara Mattioni (MM): Ernesto, ¿cómo elegirías presentarte?

Ernesto Meccia (EM): Me gusta presentarme como un sociólogo del lado B porque considero que en lo que llevo de carrera siempre traté de hacer una sociología no convencional desde el punto de vista teórico y metodológico. También desde el plano de la escritura, que para mí es muy importante. También me gusta presentarme como un buscador y un experimentador: disfruto construir ideas sociológicas con metáforas, escribir con ironía y con sentido del humor.

Más que nada soy un fugitivo de los enlatados teóricos, me pondría muy mal que los lectores me consideren “coherente” o “riguroso” porque me alinee con una escuela o con un autor determinado. Por lo general los conceptos de ninguna teoría me alcanzan para expresar lo que sociológicamente necesito, entonces me pongo a buscar conceptos en otras teorías e inclusive en otros registros de lo social que me ayuden a pensar, como por ejemplo la literatura y el cine, mi favorito. Y así mis investigaciones terminan siendo un bricolaje de perspectivas teóricas y recursos expresivos. Hace bastante tiempo que escribo así y compruebo, tanto antes como ahora, que mi estilo le gusta a la gente, pero que pone nervioso a la mitad de mis lectores del mundo académico y a veces a la mitad más uno.

Cuando subió al gobierno Macri empezaron a circular discursos contra la migración reciente latinoamericana. Sentí que había que salir a decir algo y escribí un artículo sobre cómo los programas de

televisión la trataban. Por un lado, como para contornear desde una escala macrosocial el fenómeno, me resultó útil la noción de “formación discursiva” de Foucault. Pero al mismo tiempo, yo estaba fascinado con lo que pasaba en el estudio de televisión, cómo se iba presentando la información, cómo los periodistas se iban pasando la palabra a medida que presentaban los informes (en cómo se daban “apoyo dramático”), en fin, estaba embobado con la “situación comunicativa” y las “interacciones lingüísticas”, es decir que, en paralelo, estaba fascinado con un análisis microsociales del fenómeno discursivo. Entonces incorporé un poco de Goffman y de la sociología de la conversación. Mandé el artículo a una revista muy buena y las devoluciones fueron sintomáticas: lectores que celebraban la mezcla y lo jugado del ensamble y otros que me hacían saber que no quedaba en claro desde qué lugar ni desde qué perspectiva escribía; que debía haber optado por una o por la otra, como si uno no pudiera construir mediaciones o tender puentes entre autores distintos en un escrito propio.

En otra oportunidad me puse a escribir un artículo sobre el uso de los espacios públicos para fines sexuales por parte de los gays en épocas de represión. Tenía disponibles unos cuantos autores canónicos; algunos hablaban sobre el control social infalible de las fuerzas represivas y otros, tal vez un tanto románticamente, sobre la resistencia de las comunidades sexuales. A mí las dos aproximaciones me parecían buenas, pero insuficientes y por eso saqué a relucir la película *Los pájaros* de Alfred Hitchcock (1963). Me parecía un tratado teórico sobre el control social y, a la vez, una burla. Es decir, un tratado sobre la imposibilidad del control social. En la película los pájaros en bandada aparecían y desaparecían misteriosamente del pueblo, picaban y se iban. Nadie los podía controlar porque no existía una red que tenga el tamaño del cielo. Pensar en el control era ridículo. Los gays se parecían tanto a los pájaros, pensé: aparecían de repente en la ciudad asolada por la represión, cogían y desaparecían, sus-trayéndose a la inteligencia torpe de la policía. Envié el artículo a una revista (también muy buena) y una de las devoluciones decía que lo referido a la película debía ir en una nota al pie. Por suerte, me di el gusto de rescatar esa idea en uno de mis libros.

MM: Los inicios suelen presentar distintas aristas y se materializan en hechos disímiles: la llegada a un lugar, la sensación de empezar a habitarlo, un interés que se empieza a palpar, un momento de aceptación e incluso la incomodidad en un escenario que venía siendo un reposo. En tu caso, ¿cómo fue el ingreso a la academia? ¿Cómo te formaste? ¿Quiénes te inspiraron y te inspiran?

EM: Más que a la academia me gusta decir que entré a la universidad. Papá, que era un inmigrante italiano, soñaba con que fuese médico. Pero a mí me gustaba Letras. Había estudiado en un colegio de curas muy bueno y los curas me habían enseñado a amar los libros y a ser disciplinado con las lecturas. Me anoté en Letras, pero por ese tiempo empecé a ser gay y después me tocó el servicio militar. Ser gay era muy tormentoso, un padecimiento que podías compartir con poca gente y no encontrabas un alivio importante. Recuerdo que en casa había un ejemplar de la “Guía del Estudiante” de Eudeba, era la del año 82, dictadura todavía. No sé qué habré visto en el plan de estudios, pero supuse que podía ayudarme a ampliar la conciencia sobre lo que me estaba sucediendo. Y así entre en la carrera, un poco retrasado por haber empezado Letras y por la colimba.

Amplíe mi conciencia rápidamente, creo que más que por habitar la Facultad y haberme mudado a la ciudad que por la carrera en sí misma. La Facultad era un mundo nuevo donde podías hablar francamente con lxs compañerxs, a pesar de que la mayoría de los gays eran “tapados”, como se decía. Las compañeras mujeres eran súper empáticas.

La carrera no me gustaba mucho; nunca pensé en dejarla, pero se me hacía difícil pensar el futuro como sociólogo. Sentía que se daba una formación muy teórica y súper clásica y, en aquel momento, la metodología era de un tecnicismo horripilante. Pero no es que estuviera disgustado por tanto Marx, Durkheim y Weber ni por las matrices de datos. Nada de eso. Pero algo me faltaba. Si querés que te cuente un sentimiento temprano que tuve en la carrera es que advertí que lo que a mí me interesaba sociológicamente no era tema de los autores que se daban ni mucho menos eran cuestiones que aparecieran en las clases de la mayoría de los profesores. Yo los escuchaba hablar con fervor de “clase social”, “capitalismo dependiente” y “masas en estado de disponibilidad” y a mí me interesaba estudiar cómo la gente se miraba o se dejaba de mirar en un colectivo o por qué mi vecino de departamento tardó tanto tiempo hasta saludarme o qué tendría que tener en la cabeza un tipo para gritarle a otro “puto” en la calle o en todo lo que sucedía en ese tiempo aparentemente muerto de esperar en la sala en un hospital. Quiero decirte que tempranamente me interesó la “microsociología”, aunque todavía no le diese ese nombre (entre otros motivos, porque la palabra no circulaba por los pasillos).

Si vos cursabas en Marcelo T. de Alvear en los noventa y salías de noche, te encontrabas con una escena singular de la que –creo– no existe registro. Marceloté, entre Junín y Pueyrredón, era el epicentro de la prostitución masculina de Buenos Aires; se llenaba de taxi boys después de las 21. Teníamos un gran escenario sociológico enfrente y casi nadie lo advertía. Parecía que estabas viendo una película. Las escenas del cortejo y la negociación de la tarifa, las miradas que empezaban en las braguetas y terminaban en los ojos, la frotación del bulto, la excusa del encendedor olvidado, las diferencias entre los potenciales clientes que iban caminando o los que yiraban con el auto (más pudientes): esas escenas me perforaban los ojos, me hacían soñar, me mostraban un mundo dentro del mundo, pero no era posible canalizarlas a través de las lecturas que tenía en la carrera. Por eso creo que, en gran medida, soy un sociólogo que fue formado por la gente. Yo llegué a los libros que me gustaron porque antes vi a la gente haciendo cosas.

MM: Si algo caracteriza las biografías son, en palabras de Leticia Muñoz Terra (2009), las *bifurcaciones*, las *rupturas* y las *continuidades*. *Nos referimos a aquellos acontecimientos inesperados en las vidas de las personas que constituyen puntos de inflexión que pueden ser internos o externos (ligados a la coyuntura) y traen consigo transformaciones viscerales*. Si tuvieras que describir un momento bisagra: ese momento en el que el camino se bifurca e irrumpe la necesidad de elegir otro modo de hacer sociología, ¿a cuál te remontas? ¿Quiénes te han generado quiebres en el modo de concebir tu profesión?

EM: Estaba terminando la carrera a mitad de los años noventa. Como te dije, Sociología me gustaba, pero no me emocionaba. Nos habían enseñado autores para mirar el mundo desde arriba, como si

fuésemos espectadores desde la tribuna de un juego que podríamos comprender mejor que los que estaban jugando, justamente por la distancia que nos separaba. Y en los noventa los veredictos de los espectadores sociológicos eran inapelables. Sucedió lo que ellos decían que sucedía, no lo que decía la gente, que siempre estaba un poco alienada. Tenía muchos compañeros que pensaban así y la verdad es que me parecían un poco cancheros, arrogantes.

Por suerte llegó el tramo de las materias optativas. Primero me anoté en el seminario “Religión y sociedad”, que dirigía Floreal Forni, que había estudiado Sociología en Chicago. Gran profesor. Hacíamos relevamientos de las instituciones religiosas de los barrios de la ciudad, uno por cuatrimestre. A mí me tocó Almagro. Y después me anoté en el seminario “Actores sociales y SIDA” que dirigía la profesora Graciela Biagini. Íbamos al hospital Muñiz a hacer entrevistas y observaciones a la sala de pacientes asintomáticos portadores de HIV. Recuerdo lo que significaba el SIDA en los noventa y siento escalofríos. Fue mi primera gran experiencia como sociólogo. Por primera vez pude imaginarme en el futuro, laburando de esa forma, en esos escenarios y, especialmente, observando y conversando con la gente, desde el llano.

Recuerdo en la sala a los muchachos gays acompañados por sus mamás (no recuerdo a los padres). A esos muchachos los había sacado del armario la enfermedad; de un saque, las mamás se enteraban que tenían un hijo gay con VIH o directamente con la enfermedad. Dos noticias al unísono, dos sismos. Me hacés acordar de Roberto, un muchacho de Santiago del Estero. Cuando ya estaba muy enfermo, un grupo de amigos decidimos llamar a la mamá, la citamos en un bar cercano al Hospital Fernández. Imaginate que la señora no sabía nada de nada de nada. Y tuvimos que contarle. Una escena muy de los años noventa. Pero vuelvo a la sala de espera del Muñiz: silencio espeso, gente que había madrugado y había venido quién sabe desde dónde, sentada con papeles en la mano, mirando puertas que no se abrían, y cuando se abrían pasaba el paciente que correspondía, pero otro paciente se levantaba raudamente para hacer una brevísima consulta adelantada a un médico que, era evidente, ya conocía. Una de mis primeras entrevistas en profundidad fue a un muchacho paraguayo que vivía en un cuartito que alquilaba a una pareja gay en Flores. Un día, hablando en tono neutro, como si no fuera una pregunta de él hacia mí (que me deseaba), me preguntó si yo me acostaría con una persona que hubiese estado enferma de SIDA. Llegamos a ser amigos. Tanto él como la pareja que le alquilaba el cuartito murieron en pocos años. Como la medicina no daba respuestas estaban de moda las terapias alternativas y conocí los grupos de autoayuda de la mano de uno de mis entrevistados. Leían los libros de autoayuda de una sobreviviente al cáncer, se sentaban y hacían visualizaciones positivas tomándose de las manos con los ojos cerrados. Yo me sentaba con ellos. Tenía sentimientos contradictorios. Pensaba (como si mirara desde la torre de marfil) que estaba frente a racionalizaciones inútiles que no detendrían la enfermedad, pero también pensaba (aunque menos a esa altura del desarrollo de mi sensibilidad) en la energía contenedora que ese grupo sabía construir. ¿Por qué pensaba más en lo otro y menos en la contención colectiva? Me sentía un poco soberbio.

A la salida del hospital Muñiz había una plaza. Cerca estaban la ex cárcel de Caseros, el hospital Garrahan y otros hospitales más. Me quedaba sentado o caminando un buen rato antes de tomarme

el colectivo para volver a casa. En este momento me veo a mí mismo mirando gente sentada en los bancos abriendo un táper y comiendo en silencio y sin mirarse, imaginaba que no hacían falta palabras si acababan de salir de la cárcel o de ver sufriendo a un ser querido en el hospital. En paralelo escucho a los evangelistas cantando oraciones mientras otros compañeros repartían volantes. Tenía entendido que los evangelistas eran tremendamente homofóbicos y sin embargo el muchacho paraguayo iba siempre a las celebraciones. La escena también incluía a trabajadoras del sexo, pochocleros, vendedores de café, policías, mendigos, *homeless*, borrachos.

Las vueltas a casa en colectivo fueron decisivas. Yo me sentía excitado por todo lo que había visto, pero sabía que en casa me esperaban los libros de siempre, que no me iban a servir. Y la excitación no se me iba, era auténtica. Pensaba que tenían que existir otros libros, otras miradas. En ese momento me convertí en un busca del lado B de la sociología.

En su libro *Manual de escritura para científicos sociales* Howard Becker desarrolla un apartado titulado “La única manera correcta” donde pone sobre la mesa un vicio: el de convertir la explicación en una humillación. Ernesto ha hecho carne este planteo a lo largo de su trayectoria construyendo y divulgando conocimiento de un modo singular. Este arte, complejo si lo hay, lejos de carecer de erudición demanda una amplia y profunda formación en cada temática que se desarrolla y además una pregunta sugerente e innegable por el propósito de la tarea.

MM: ¿Para qué consideras que se construye el conocimiento científico en las ciencias sociales?

EM: La construcción de conocimiento en las ciencias sociales tiene que construirse para dar cuenta de la complejidad, ampliar nuestra conciencia sobre ella e intervenir. Cuando digo complejidad pienso tanto en la complejidad de los hechos que estudiamos como en la complejidad axiológica. Sobre esto último me parece que no se está reflexionando de una manera inteligente.

Hace mucho tiempo que vengo diciendo que no podemos confundir la explicación sociológica con la humillación, y mucho menos la explicación con la otrización de aquellos sujetos que investigamos. Sin embargo, no hace falta dar muchas vueltas para encontrarse con calificativos despectivos sobre la gente en muchas investigaciones. Es una pandemia de los últimos tiempos en la universidad. La gente por lo general es distinta de lo que los sociólogos imaginan y eso parece que enciende la máquina expendedora de adjetivos, y uno además lee esas investigaciones y se da cuenta de que esos intelectuales están indignados, casi en estado de pánico moral.

Por ejemplo, a mí me interesa estudiar la relación entre tiempo libre, sociabilidad y construcción de identidades gays. Hoy por hoy, en la academia, el solo hecho de pensar que los gays quieren divertirse, consumir algo o ir al gimnasio despierta sospechas en muchos colegas. La sociabilidad que se despliega en los lugares de ocio y diversión que frecuentan los jóvenes gays en la Ciudad de Buenos Aires suele ser observada desde la óptica de la discriminación de clase; cualquier publicidad comercial destinada a los gays suele ser leída en la misma clave, a la que hay que sumar la clave de la alienación; los cuerpos

trabajados en los gimnasios (sea por musculocas o por chongos) todavía cargan con el estigma de la presunción, de la vanidad y de su complicidad con la corporalidad hegemónica; una publicidad de Aerolíneas Argentinas en la que se veía a una pareja gay fue considerada como prueba incontestable de la impudicia del clasismo gay clasemediero blanco cis y urbano, sumado a la asimilación de los gays a la moralidad mayoritaria.

La pregunta sería: ¿cómo puede un analista llegar a decir esto? ¿Cómo puede ser que si un gay quiere ir al gimnasio o irse de vacaciones, desde no sé qué lugar intelectual se le diga todo lo que se le dice? Lo que quiero señalar es que además de que está construyendo una caricatura se está construyendo un objeto de punición. Entonces la sociología no investiga, castiga. Entonces la sociología se vuelve en una ciencia normativa, no crítica. Entonces la sociología deja de ser una ciencia que incomoda y se convierte en una sociología buchona. A veces, en manos de los científicos sociales, pareciera que las personas terminan siendo mariposas que ellos clavan en la pared, y que así permanecen quietas para la observación letrada desde el punto de vista que se les cante a los letrados. Una barbaridad. Me produce una profunda tristeza cuando los sociólogos se ponen a trabajar de entomólogos.

En cambio, si el investigador estuviese realmente atento a la complejidad (de los hechos y de los valores) dejaría que esa mariposa vuele y seguiría su vuelo para ver hacia dónde se dirige y para ver qué cosas hace. Bien vistas, es decir, con ojo de sociólogo y no de moralista, todas las actividades que se enjuician que mencioné arriba (irse de vacaciones, ir al gimnasio, frecuentar un bar) pueden ser consideradas actividades que implican visibilidad para los gays, y la visibilidad sigue siendo importante. Entonces por medio de esas prácticas los gays estarían tratando de inscribir su diferencia, su singularidad en el espacio público para intentar ampliarlo. Y se ve que esa visibilidad molesta y mucho. Basta con recordar que, cada tanto, son agredidos a la salida de esos bares o que a uno de esos bares (se llama “Maricafé”) quisieron prenderlo fuego hace poco. ¿Cómo puede ser, entonces, que la gente común haga algo para diferenciarse en el espacio “público” copado por el heterosexismo y desde el mundo de las ideas se diga que eso es asimilación y complicidad con la moralidad mayoritaria? Hay que parar de subestimar a la gente y dejar de evaluarla desde la figuración que lxs intelectuales le asignan.

MM: La ciencia y la divulgación suponen ser complementarias. De hecho, la divulgación de la ciencia implicaría hacer accesible el conocimiento especializado, tender un puente entre el mundo científico y “el resto del mundo”. ¿Quiénes serían los destinatarios “esperables” de esa reconstrucción?

EM: El conocimiento que producimos tendría que estar disponible en un sentido amplio. Para lxs colegas, sin duda, pero también para lxs efectores de política pública, para los líderes comunitarios, para el periodismo y, por supuesto, para la gente. Esto último demanda que pensemos en más canales de circulación del conocimiento y, sobre todo, en nuevas formas de comunicarlo. Hay evidencia de que la comunicación del conocimiento está siendo una preocupación en las universidades. Ojalá pueda avanzarse con este tema.

MM: Me resulta imposible no volver sobre la alusión que hiciste al inicio respecto de las condiciones de aceptación de una publicación y el privilegio (sumado a la coherencia subyacente) de permitirte reservar un escrito de tu autoría para un espacio que no demandara renunciar a tu forma de comprender la construcción de conocimiento. Pareciera que más allá de los artículos científicos y las revistas indexadas “hay vida”. De todos modos imagino que el desafío de ser “un sociólogo apto todo público” como repone la revista *Anfibia* debe tener sus desafíos. ¿Qué cuestiones ligadas a la divulgación del conocimiento construido en ciencias sociales demandan para vos una revisión?

EM: Veo que hay mucha producción en ciencias sociales en las universidades, en los institutos del CONICET, en el Estado. Los gobiernos kirchneristas han dejado una transformación notable en el campo científico. El problema que advierto en la “divulgación” es que implica la “traducción” a un idioma más amable de lo que se escribió originariamente en otro estilo. Y esto es un problema por dos motivos: primero porque lxs investigadorxs no tienen tiempo. Por ejemplo, me apena ver a lxs becarixs apuradx (y muchas veces angustiadx) para publicar en revistas científicas con determinadas características para estar en condiciones de seguir en carrera; quiero significar que ellxs pueden tener ganas de innovar en la divulgación, pero trabajan en condiciones sistémicas que no les permiten ensayar otros modos de comunicación y que vuelven poco atractivas otras plataformas de divulgación como las revistas “comunes” o las actas de las jornadas, e inclusive los buenos libros. Converso mucho con ellos en los talleres de tesis, tengo miles de anécdotas para compartirte sobre el estrés que produce en los investigadores jóvenes la cuestión de las publicaciones. Segundo porque la “traducción” que supone la divulgación científica no es un tema que preocupe a las universidades y en consecuencia no está presente en los planes de estudio. Hago la excepción de unos pocos casos como el programa “Escribir lo social” de la Universidad Nacional de General San Martín. Pero, por lo general, la escritura es considerada como algo referido al estilo y el estilo no se relacionaría con nada sustantivo de las disciplinas ni tampoco con cuestiones de ética. Un gran error. Escribir como policía de la moral ajena es un estilo dominante en varios campos de investigación y ello debería hacernos pensar en la formación que aún se nos sigue dando y en el papel de árbitros de la vida social que muchos colegas se autoasignan. En el estilo de escritura no hay solo una cosa “estilística”, hay toda una cosmovisión referida a la autoridad epistémica que es necesario revisar. Creo que muchas veces no somos epistémicamente justos con las personas que investigamos. Por eso, podríamos decir que todo estilo es político.

MM: Volviendo sobre los desafíos que conlleva ser un sociólogo “apto todo público” a veces siento que es necesario aceptar que la formación de grado y de posgrado no nos prepara para “otros” soportes de circulación de conocimiento por fuera de las revistas científicas y los eventos académicos. Embarcarse en ello conlleva deconstrucciones y nuevos aprendizajes seguramente: ¿qué desafíos implica circular conocimiento por otros medios (*podcast*, redes sociales, medios gráficos, radiales, etc.)?

EM: Hacerte entender por la gente desde la mirada de tu disciplina saliendo de tu zona de confort lingüístico, sea oral o escrito. Es muy difícil, desafiante y a veces agotador, pero tenemos que hacerlo. Pasé por una experiencia extrema al respecto. En 2003, junto a otrxs compañerxs, publicamos un ma-

nual de sociología para el ciclo Polimodal de Educación Media. Recuerdo que la editora que nos puso la editorial (una profesional excelente) nos devolvía permanentemente las entregas. Nos decía que dábamos por supuestas muchas cuestiones, que manejábamos un piso de escritura alto. Yo quedaba sorprendido (y al principio me sentía como ofendido) porque ya tenía varios años de trabajo en el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires y daba por descontado que la escritura estaba cerca de lo requerido. Error. La editora hizo que pensara que las expectativas de quien “hace” la secundaria y quien “elige” una carrera en la universidad son distintas y, por lo tanto, que algo de eso tenía que afectar la escritura. Más tarde, cuando empecé a colaborar para *Página 12*, las devoluciones de la editora eran de un tenor similar: un piso alto de supuestos que la gente no necesariamente manejaba. *Página 12*, particularmente el suplemento *SOY*, también fue una experiencia extrema porque aquí le escribía a un público muy diferente al del manual, presumiblemente más cercano al pensamiento universitario y, sin embargo, se me pedía bajar un cambio, barajar y dar de nuevo con el teclado. Y así también en *Caras y Caretas*, *Anfibia* y muchos otros medios más. Me siento muy agradecido. Siento que con el tiempo pude escribir para todo público.

Pero mi gran ejercitador para ablandar la comunicación y facilitar la divulgación sociológica es Facebook. Tengo la cuenta desde 2009. Me acuerdo, por ejemplo, que buscaba las tapas del libro *Estigma* de Erving Goffman desde su aparición (1963) hasta la actualidad y a través de las ilustraciones intentaba explicar sociológicamente el concepto. Cuando se decía que la pandemia nos iba a cambiar para mejor, subí la película *La cigarra no es un bicho* de Daniel Tinayre (1964). Una prostituta que trabajaba en un telo se infecta de no sé qué con un marinero y entonces toda la gente que estaba en el telo queda en cuarentena. El encierro produce situaciones de replanteos existenciales muy serios hasta que llega el día de la salida y el director nos muestra una calesita en la que están todos los personajes que giran y pasan siempre por el mismo lugar, signo de que la pandemia no cambiaba nada porque la inercia social ganaba. Otra vez subí *Ajedrez*, poema de Jorge Luis Borges (1960) para ilustrar la crítica de Max Weber a la noción de causalidad. El muro explotaba de *likes* y de comentarios, y cuando me encontraba con chicos y grandes en la Facultad me recordaban que por tal o cual *post* fueron a un libro o entendieron alguna cuestión.

Siento que desde hace muchos años invierto mucho tiempo para llevar de paseo a la sociología por todas partes y poner en valor su punto de vista. Y muchas veces siento pena al no poder poner en valor este trabajo en mi currículum. No existe un casillero específico y, en caso de que existiera, dudo de que exista una mirada comprensiva al respecto. Nada que no pueda cambiar.

MM: En una entrevista que Liliana Viola te realizó en el 2011 para *Página 12* titulada “¡Paren el mundo!” con motivo de la publicación de *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad* sobre el final ella refiere que “es un libro académico, escrito en primera persona donde aparecen marcas de tu primera persona” y te interroga si estás hablando de vos, a lo cual vos le respondés: “Sí, buscame en algunas de esas páginas, que me vas a encontrar. Yo estoy adentro”. Este intercambio no solo me llenó de curiosidad por leer el libro sino que me interpeló incluso sobre las implicancias

que conlleva el compartir(nos) al publicar un escrito: ¿qué te sucede cuando se publican tus libros o tus investigaciones? ¿En qué lugares desearías compartir el conocimiento que vas construyendo en tu trabajo cotidiano?

EM: Publicar libros es muy bello porque te das cuenta de que ya no te pertenecen, que la gente los usa a su manera, para necesidades de lo más diversas que exceden lo académico. Eso significa que a los libros los hiciste nacer, pero que tienen vida propia. Pero tengo que decirte que, a su vez, yo leí muchos libros que, evidentemente, tenían vida propia porque me interpelaron, me hicieron pensar y apliqué a temas que no necesariamente eran los que estudiaban sus autores. No salimos de la nada: antes de ser “emisores” todos fuimos “receptores” y, de muchas formas, nuestros libros se mueven en una red de intertextualidad que desdibuja la noción misma de “autor”. En todo caso, somos usuarios de textos ajenos y construimos nuestros propios textos en diálogo más o menos explícito con ellos.

Yo aspiraba a escribir sobre homosexualidad y discriminación para un público amplio, más allá del público universitario. Me fue muy bien, los libros llegaron lejos. Me llegaron mensajes de padres gays y madres lesbianas que quieren salir del armario frente a sus hijxs, de madres y padres que quieren que sus hijxs LGTB salgan del armario, de viejos gays que me piden que los tenga en cuenta para testimoniar en publicaciones próximas, de madres (hasta el momento no de padres) de jóvenes que quieren comenzar una transición genérica. También se comunicaron jueces y juezas, militantes, trabajadorxs sociales, legisladoras y legisladores; no me olvidé de los mails de ex alumnx que supieron luego de su muerte que su papá o su tío eran gays. Sumo a la lista a mis vecinxs que no me dejan subir al ascensor y al mozo del restaurante de la esquina de casa, que quiere tomar valor y hablar con su mamá para decirle que está todo bien con Lidia, su gran amiga desde hace algunos años. Me gustaría seguir compartiendo de esta forma mis publicaciones.

En el prólogo del libro *Biografía y sociedad. Métodos y perspectivas* dirigido por nuestro entrevistado, Juan Ignacio Piovani repone que para Ernesto las personas tenemos pensamiento biográfico y que esta cuestión se enmarca en una sociedad que le ha otorgado centralidad a la biografía: “todos los caminos de la cotidianidad conducen a la primacía de la biografía y, en consecuencia, como nunca antes, las Ciencias Sociales son ricas en datos biográficos” (Meccia, 2020: 12).

Conocer biografías es mucho más que leer historias de vida. Implica acceder a matrices de pensamiento con un plus: el tras bambalinas. Acceder a productos cerrados, enlatados y listos para ser publicados muchas veces nos arrebató esa posibilidad de ser testigos del proceso: las idas y venidas, los apartados provisorios, las bifurcaciones propias de cualquier construcción. En cierto punto la condición de “publicable” pareciera quitarle humanidad a los escritos, escondiendo tras el enduido de las correcciones de estilo y los criterios de admisibilidad las crisis de lxs autorxs, los párrafos que pudieron haber devenido en notas al pie y las preguntas inconclusas que muchas veces quedan destinadas a habitar versiones borrador de por vida. Por cierto, *La biblioteca de los libros rechazados* de David Foenkinos aborda de forma suspicaz el devenir de aquellas obras que no fueron aceptadas por los cánones del momento.

Haber tenido el privilegio de acceder a un pequeño retazo de la biografía de Ernesto Meccia a partir de esta entrevista se gestó como una invitación a conocer otras formas de pensar la construcción de conocimiento y las implicancias de materializar y poner en acción esas epistemologías disidentes en ciertos ámbitos que siguen pensando el acceso al conocimiento con un sesgo elitista empapado de lenguaje encriptado y transposiciones inexistentes. Ser visibles no es un mérito ni una instancia azarosa. Pensar el conocimiento entramado con la democracia conlleva la necesidad de ser instituyentes, de un fuerte sentido epistemológico, de una interpelada forma de vivir en el mundo y de fuertes convicciones que permitan sostener el sinuoso camino que conlleva la vanguardia.

Referencias bibliográficas

- Becker, H. (2022). *Manual de escritura para científicos sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foenkinos, D. (2017). *La biblioteca de los libros rechazados*. Buenos Aires: Eudeba.
- Meccia, E. (dir.). (2020). *Biografías y sociedad: Métodos y Perspectivas*. Santa Fe: Ediciones UNL; Buenos Aires: Eudeba.
- (2021). *Los últimos homosexuales*. Santa Fe: Ediciones UNL; Buenos Aires: Eudeba.
- Muñiz Terra, L. (2009). *Bifurcaciones. Rupturas y continuidades en las trayectorias laborales de los ex trabajadores petroleros. Un estudio a partir de la privatización de la refinería YPF La Plata* (tesis de doctorado en Ciencias Sociales). UBA., Buenos Aires, Argentina.
- (2012). Carreras y trayectorias laborales: una revisión crítica de las principales aproximaciones teórico-metodológicas para su abordaje. *Revista latinoamericana de metodología de las Ciencias Sociales*, 2(1), 36-65.